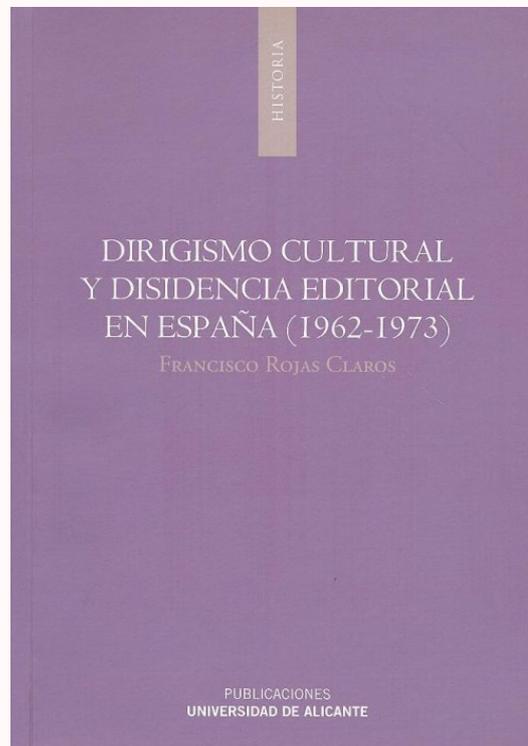


La disidencia como proyecto editorial

Fernando Larraz



Francisco Rojas Claros
*Dirigismo cultural y disidencia editorial en
España (1962-1973)*
Alicante, Publicaciones de la Universidad de
Alicante, 2013, 346 pp.



Dirigismo cultural y disidencia editorial en España (1962-1973) plantea, de entrada, una cuestión de singular relevancia: el libro es un instrumento privilegiado para ejercer la disidencia política porque a través de él es posible la difusión de ideas subversivas que corroan el sistema imperante. En esta idea –y en la prevención ante sus efectos– se basa todo régimen de censura editorial, como el instituido y sostenido durante cuarenta años por el franquismo. Pero, al mismo tiempo, esa vocación de ejercicio crítico debe ser irrenunciable para el editor, a quien, en regímenes de represión, se le abren dos caminos: el mayoritario del posibilismo, que consiste en tratar de contradecir la voluntad del sistema desde dentro de los mecanismos legales del mismo, y el más residual de la edición clandestina. A ambos caminos, aunque muy mayoritariamente al primero, presta su atención Francisco Rojas en este libro.

La situación particular por la que pasó un régimen dictatorial convertido en mero mecanismo burocrático de supervivencia –acechado por los puristas de la doctrina fundacional desde un lado y por la necesidad de dar una imagen internacional de liberalismo y modernidad desde el otro– sirve al autor para establecer las coordenadas de un fenómeno que, a través de políticas editoriales con una finalidad muy concreta, marca la cultura española del tardofranquismo. Bajo el rótulo de “dissidencia editorial” agrupa a un grupo de empresas del libro surgidas a partir de 1962 al calor de tres factores: uno, el aprendizaje del posibilismo editorial, llevado a cabo tras treinta años de régimen de censura en los que se habían entrenado los actores culturales para tantear el techo de la heterodoxia; dos, las posibilidades abiertas por los vaivenes –a veces muy bruscos– del régimen, entre la necesidad de hacer alardes aperturistas como la nueva ley de censura de 1966, falsa reclamación del fin de censura, y la dura represión que sufrieron estas editoriales en 1969; y, tres, un contexto social de emergente activación de la resistencia antifranquista, movida no solo por la práctica subversiva, sino también muy pendiente de los estímulos teóricos –denominados “de vanguardia”– en los que basarla y que constituyen la demanda necesaria de este tipo de libros.

Dirigismo cultural y disidencia editorial en España (1962-1973) parte de definiciones precisas de los dos conceptos que intitulan el trabajo: “dirigismo cultural” (“la tendencia exacerbada de las autoridades del régimen al control y represión de toda manifestación política y cultural que no se adecuase a sus presupuestos ideológicos, fomentando al mismo tiempo la prevalencia de los mismos”) y “dissidencia editorial” (“el conjunto de empresas editoriales cuya



actividad principal fue la de servir de plataforma para la difusión de dichas ideas [que cuestionan los dictados ideológicos y políticos de la dictadura y que difunden ideas contrarias a la misma]). A precisar el primero de estos conceptos, el dirigismo cultural, está dedicado el primer capítulo, que proporciona una valiosísima información de archivo sobre los cambios ocurridos en el servicio de censura a partir de la llegada de Fraga al ministerio. Los datos, en su mayor parte inéditos hasta ahora, sobre las tensiones ideológicas que explican el nombramiento de Fraga y su gestión ministerial, los cambios legislativos, el funcionamiento interno, las reformas legales... esbozan con extraordinaria exactitud el ámbito en que tienen lugar los procesos que se describirán a continuación y que, en gran medida, los explica. La disidencia editorial en España durante este mismo periodo se explica a partir del capítulo segundo, en el que los procesos de modernización del sistema dirigista, venidos de la mano del nuevo ministro – tan diferente del carpetovetonismo de su antecesor, Arias Salgado– tienen su contrapartida en los de nuevas prácticas editoriales como herramienta política. En estas páginas quedan perfectamente descritas las dialécticas entre ambos impulsos, el represivo y el disidente, con fuerzas inversamente proporcionales a lo largo del periodo cubierto. Rojas denomina estas prácticas editoriales bajo el concepto de “vanguardia”, acaso excesivo en comparación con sus antecedentes –los del libro de avanzada de los años 20 y 30–, pero que se justifica plenamente por el carácter simultáneamente novedoso y combativo con que se gestan. El punto en común entre los movimientos vanguardistas del libro de los años de Primo de Rivera y la Segunda República y el del tardofranquismo está, según explica Rojas, en la popularización del libro, la llamada “revolución del libro de masas”, enunciada a tenor de los crecientes tirajes de estos libros, cifras que hoy resultan inauditas para libros de ensayo.

Es interesante la sistematización de la disidencia editorial, organizada por Rojas en cuatro grandes bloques: la recuperación y renovación del marxismo en distintas áreas (ciencias sociales, cultura, pensamiento); el catolicismo postconciliar y progresista, a través de las editoriales de origen cristiano; los intentos de escritura histórica alternativa a la oficial y única, emanada del franquismo; y, por último, el planteamiento de modelos políticos divergentes del franquista. Rojas analiza minuciosamente cada una de estas cuatro vías de disidencia editorial, poniendo el acento en aquellos hitos que marcaron los rumbos de la comunicación cultural en España. La clasificación resulta esclarecedora de las sendas por las que iba a discurrir la renovación ideológica en España,



sendas marcadas por la dialéctica entre el pensamiento progresista de unas élites culturales herederas de la universidad franquista y una censura que marcaría sus propias reglas, permitiendo aquellos textos cuya disidencia fuera más teórica que práctica, sin concretar en el caso español y referida, sobre todo, a aspectos de índole económica, social... pero no estrictamente política. A tal respecto, resulta muy ilustrativa de esos límites la relación de obras permitidas (con o sin tachaduras) y de obras denegadas, comentada por el autor, que justifica el cuidado con que en los géneros de ensayo político y social –mucho mayor, por ejemplo, que en el caso de obras literarias– se conducía la censura.

El estudio tiene un necesario carácter diacrónico. El periodo está dividido en tres etapas fundamentales: los años de aperturismo, en los que nace este fenómeno editorial y que coinciden con los primeros de Fraga al frente del ministerio; los años 68 y 69, en los que coinciden el *boom* editorial y el recrudecimiento represivo de la acción ministerial de Fraga; y los años 70-73, ya bajo el imperio del presidente Carrero Blanco, en los que tiene lugar una regresión, en algunos aspectos, al integrismo previo a la llegada de Fraga al ministerio, con el consiguiente perjuicio para estas empresas y, en general, para la cultura en España. En cada una de estas fases se registran altas y bajas en la nómina de estos sellos editoriales, se analizan los libros más significativos – permitidos y denegados– y se examinan las variaciones que las cuatro temáticas anteriormente descritas experimentan, viendo además cómo irrumpen algunos temas y formas novedosos en la articulación de la disidencia, que requieren de una respuesta por parte del aparato represor: el humor, la situación de la universidad, la política internacional...

La aportación documental del libro es de extraordinario valor: informes oficiales sobre conflictividad editorial, testimonios orales, expedientes, fuentes hemerográficas... fundamentan los juicios y son agudamente analizados por el autor. En efecto, Rojas maneja estas fuentes con suma habilidad y las relaciona para construir la narrativa de un fenómeno complejo, en el que interviene un considerable número de factores. El análisis se enriquece además con una metodología interdisciplinar: estamos ante un excelente trabajo de historia editorial y, en este sentido, desentraña y justifica cabalmente el significado de los catálogos de las editoriales tratadas. Es, también, un trabajo de historia cultural, que maneja con soltura la penetración de ideas novedosas en el campo cultural español, ubicando bien a sus actores. Y es un trabajo de historia política que no obvia el peso de las instituciones y de los intereses del poder en ello.



Cabría plantearnos algunas dudas respecto al alcance de la nómina de estas empresas editoriales y la exclusión de algunas otras que quizá también habrían podido alcanzar el título de disidentes, no necesariamente surgidas al calor de este contexto. Asimismo, al centrarse en el género de ensayo, cabe preguntar por las relaciones con otros libros de la época que practicaban la disidencia desde instancias distintas pero bien coordinadas, a veces incluso bajo una misma estructura empresarial. No obstante, estos reparos se responden en la necesidad de acotar el objeto de estudio de un fenómeno cuya amplitud resultaría de otro modo inabarcable.

Resulta difícil ponderar el impacto real que estas ediciones tuvieron sobre el cambio de conciencia en la sociedad española y el recorrido de las ideas que difundieron. Precisamente, esta restricción en su difusión les garantizó cierta permisividad por el aparato censor. Rojas reconoce la dificultad que reviste medir el verdadero alcance de la disidencia editorial, pero parece optimista, al considerar, con Pedro Altares, que “la cultura fue el Caballo de Troya de la lucha contra el régimen”, que “el balance fue ciertamente positivo” y que “el impacto de todo ello tuvo que ser [...] enorme”, si bien, matiza, el proyecto quedó truncado por la intervención de la censura. Quizá habría que mirar con ojo algo más crítico tanto el carácter vanguardista del pensamiento de estos catálogos, en contraste con los de otros editores europeos, como su valor en la formación de las culturas políticas de la futura democracia. En cualquier caso, parece indudable que *Dirigismo cultural y disidencia editorial en España (1962-1973)* apunta a un aspecto muy significativo de la historia cultural contemporánea de España. Es una pieza excelente para comprender, cómo cambia la configuración de la esfera de comunicación pública en la España del tardofranquismo y cómo se desarrolla la escabrosa lucha por conquistarla que ejercieron algunos editores que dignificaron así su profesión. Pero al mismo tiempo, replantea desde un nuevo punto de vista la duda inacabable sobre las rémoras que el “dirigismo cultural” imprimió a la educación cultural que una generación que buscaba – con inquebrantable voluntad pero con toda clase de cortapisas– recursos para formar su conciencia del mundo.

